

EL MAR NUESTRO

Por

Alberto MARIN Madrid

Coronel de Ejército (R), Ing. Geógrafo



uando —tras el sacrificado cruce del Istmo de Panamá, con sus aires infectados de maléficos mosquitos— divisó Vasco Núñez de Balboa las amplias aguas más allá de las lomas transversales, estimó que correspondían al "Mar del Sur". Pudo más bien haberlas llamado Mar del Oeste —considerando su gran extensión en dicha dirección— pero él miraba hacia donde quedaba el Perú.

Seguro que ni siquiera se dio cuenta de su magnitud. El mayor de todos, en verdad, Gana bastante en superficie al "Atlántico" y el que sigue en importancia —el "Indico" —queda muy desplazado hacia un tercer lugar. Los tres son los únicos que llegan al "Océano Glacial Antártico" y rodean el helado continente.

Es tal vez uno de los mares más turbulentos y en innumerables ocasiones en su historia de millones de años se han tornado sus vastedades en cúmulos de móviles montañas líquidas, mezcladas a tremenda música de vientos formidables y lluvias torrenciales, con bocas por doquier para tragarse a débiles veleros y a barcos más fornidos y más modernos.

Por la latitud tan sureña como la de los 53° —donde señorean los helados

vientos del sudoeste —su temperamento es, por lo general, violento. Sin embargo, cuando desembocaron en él las carabelas de Hernando de Magallanes —tras varios días de tanteos y de titubeante cruce del que él llamó "Canal de Todos los Santos"— se mostraba apacible y bondadoso en su azulada anchura, cristalinas sus aguas bajo una celeste cúpula con una que otra nubecilla blanca. Tan bien impresionado de él quedó el navegante-explorador que resolvió darle el nombre de "Pacífico", es decir, tranquilo, cordial y buen amigo.

Sobre este inmenso mar se asoma Chile en una de las extensiones más dilatadas del mundo, al extremo que podemos decir con propiedad que nuestro país es un solo litoral, de cabo a rabo. Desde la latitud costera de la Línea Concordia —18°12', aproximadamente— hasta el calvo peñón del Cabo de Hornos —a los 56°— y mojado siempre por las lluvias o las olas, todo es costa. Pareja, desde Puerto Montt- hacia el norte, dislocada, cual gigante laberinto, hacia el sur, suman entre ambas 4.200 Kms. Y aún nos quedan por agregar las casi igualmente extensas que encuadran los meridianos 53 y 90° al O. de Greenwich.

Es comprensible, aunque no equitativo, el motivo que han tenido los países marítimos y pesqueros para oponerse desde el inicio de sólo tres —Chile, Pe-

rú y Ecuador— a la expresión de su soberanía económica sobre 200 millas de su mar, contadas desde la línea de sus costas respectivas. Claro, imaginemos sólo la cantidad de kilómetros cuadrados —con valiosa fauna— que representan sólo las aguas chilenas y hacia las cuales podían llegar tranquilamente sus barcos pesqueros y de procesamiento antes que tal acuerdo empezara a caminar.

Largos años de esfuerzos han pasado, pero ya no están solos los tres iniciadores y la batalla se va ganando en apreciable proporción. Ciertamente que nunca estuvimos más perdidos y alejados de nuestro mar que durante los tres años trágicos del dominio marxista sobre nosotros, durante los cuales los soviéticos actuaron como amos en él y como dueños de sus peces, que florecían para sí. Fueron ruinosos competidores de los sufridos chilenos que —por siglos— han sido prácticamente los únicos que han vivido en contacto permanente con el Pacífico, en lucha abierta con él, para ganar con la pesca el de sus familias y el propio sustento, en la cual cuántas veces dejaron su vida. Los barcos soviéticos se pasaban por nuestro océano como Pedro por su casa y hasta un puerto pesquero habían ideado para amagar mejor nuestra soberanía.

El renacer de la patria llega también a su mar, a ese mar —pacífico o violento— que no debe ser más para nosotros un mero espectáculo para ser observado desde el ancho balcón de la montaña o para gustar el frescor de sus playas en los meses de verano. No debe seguir siendo estimado como algo propio y valioso sólo por nuestros hombres de la Marina de Guerra o de la Marina Mercante, sino por todos los que hemos nacido en esta tierra y que debiéramos sentirnos con un destino marítimo.

Hubo épocas en nuestra historia en que se pensó así y el mar nuestro fue estimado en su debido valor. Tuvimos su dominio tras las directivas de Portales y volvimos a tenerlo después de luchas cruentas en la Guerra del Pacífico. Pero ambas épocas no fueron durables. La era de predominio de los políticos se encargó de aminorar aquel estado por dedicarse a satisfacer con preferencia otros temas que tal vez dieran un mejor divi-

dendo en votos. El mar debería ser poco propicio a ellos, pues la flota mercante nacional fue achicándose, o quedando estacionaria, mientras tomaban ventajas las de países vecinos o hermanos de continente, que habían estado a menor nivel de la nuestra.

Chile —en el mapa en nueva proyección que presentó a la consideración de la Honorable Junta de Gobierno don Vittorio di Girólamo— deja de lado el darle la rutinaria silueta esmirriada y la cambia por una posición ancha frente al escenario líquido inmenso, con sus zonas continentales e insulares en escala similar, con lo que le da una nueva dimensión. En superficie no cambiamos, pero psicológicamente, adquirimos mayor estatura y motivo para participar en aquella "Era del Pacífico" que, desde hace años, hemos oído mencionar como una mera frase.

En ese nuevo norte —el occidente, que se aleja y se curva hacia el oriente— tenemos algo que hacer. Hacia allá quedan los puertos norteamericanos del Pacífico y, más lejanos, otros países que ahora compiten realmente con los viejos dominadores del Atlántico: Nueva Zelanda, Australia, Japón y la China. Esa nueva flecha nos señala un destino. Frente a aquellos países se nos presentan, anchos y profundos, los caminos del mar, y por ellos debemos lanzar nuestra flota mercante en progreso, para que florezcan con ella los intercambios de importaciones y exportaciones.

La campanada —sonora como la de la "Esmeralda"— del señor almirante Merino Castro, constituyó un llamado a las conciencias de todos los chilenos para que no sigamos teniendo olvidado el mar, ese mar que algunos nos envidian, y para que laboremos por él. En él encontraremos nuestra mejor hacienda para la alimentación de nuestra población en aumento, fuente de vitaminas y de recursos que no han sido aprovechados y, en muchos casos, ni siquiera tenidos en cuenta.

Que su voz de marino se haga una con su voz de Gobernante y este mes de mayo no sea sólo el del recuerdo de Prat y de las glorias de nuestra Armada, sino, efectivamente, el comienzo para Chile de una auténtica era del Pacífico.

(De "El Mercurio").